



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año V | Número 17 | Marzo 2024

Economías de Francisco y Clara. Libertad, igualdad y fraternidad en la era digital

Texto elaborado para el encuentro sobre
Economías de Francisco - CELAM - Bogotá - marzo 2024

Enrique Del Percio

delpercio@usi.edu.ar

Así en Quito como en Catania

Hace pocos días fui invitado a visitar una cooperativa de producción y consumo de alimentos saludables que opera en el sur de Quito, una barriada humilde, similar en muchos aspectos a las que se encuentran en los suburbios de Buenos Aires, México, San Pablo, París, Catania, Nueva Delhi o Estambul. Roberto, su líder, rostro curtido por años de luchas y fatigas, me explica que la cooperativa surgió hace unas décadas como iniciativa de un grupo de discípulos de Monseñor Proaño, el obispo de Chimborazo que supo interpretar cabalmente la sabiduría de los indígenas andinos, entonces tan menospreciados por la elite ecuatoriana. De hecho, buena parte de las viviendas de esos barrios se edificaron mediante el sistema comunitario andino de la mita. Roberto y sus compañeros relatan que los problemas comenzaron cuando el gobierno decidió dolarizar la economía: como consecuencia, desaparecieron las industrias livianas en las que se fabricaban heladeras, bicicletas, licuadoras y manufacturas textiles, incapaces de competir con los productos provenientes de otras latitudes. La falta de empleo trajo consigo nefastos resultados, entre los cuales destaca la disolución de las familias, ya que muchos varones debieron migrar para poder enviar remesas a fin de mantener a su mujer y a sus hijos, los que crecieron sin el ejemplo indispensable para internalizar el valor del trabajo mancomunado. Así, se fue desarrollando una mentalidad cuentapropista que ha ido erosionando aquella solidaridad heredada de la cultura ancestral andina. Todo ese proceso de disolución social se agravó con la llegada del narcotráfico y sus terribles secuelas.

En lo que atañe directamente al propósito de la cooperativa, la gente comenzó a consumir cada vez más alimentos industrializados ofrecidos en atractivos envases, tan ricos en azúcares y harinas como pobres en nutrientes, en desmedro de los productos saludables producidos por mis anfitriones, agregando la malnutrición a las otras desgracias padecidas por los vecinos de Quito Sur. Ello motivó que la cooperativa trabaje cada vez más en temas de educación alimentaria, pero con magros resultados, estrellándose muchas veces con la incomprensión de quienes deberían ser los principales beneficiarios de sus esfuerzos. El flagelo del individualismo sumado al consumismo, del “sálvese quien pueda y como pueda”,

está haciendo mella también en una comunidad que era ejemplo de solidaridad y reciprocidad.

Ante este cuadro, otros podrían desanimarse y bajar los brazos. No es este el caso de Roberto y su gente, pues los anima una convicción profunda: nadie se salva solo, nadie se realiza si no es en una comunidad que se realiza. En el lugar más recóndito del alma de cada ser humano late el ansia de felicidad, de realización personal, y allí radica la esperanza. Salí del encuentro contagiado de esa convicción. La misma convicción que mueve a tantas personas en todas las latitudes a enfrentar desafíos tan similares.

Relaciones individuo – sociedad:

Esa similitud, esa reiteración de los mismos males y de los mismos desafíos en lugares distintos de los cinco continentes, con las obvias particularidades de cada caso, nos obliga a buscar las causas y pensar las respuestas desde un registro más amplio que el que nos brinda cada situación puntual. En efecto, la falta de empleos dignos y estables, el consumismo, el individualismo, los problemas en la educación, la seguridad y la salud pública que afectan a Quito Sur no son consecuencia solamente de una mala decisión gubernamental, pues si así fuera no veríamos repetirse estas calamidades en geografías tan distantes y distintas. Estamos afrontando los dilemas del paso de una sociedad analógica con una economía industrial a una sociedad digital con una economía de servicios. Circunstancia análoga a la que se dió en Europa al inicio de la Revolución Industrial, lo que nos exige un serio esfuerzo de reflexión.

Suele pasarnos que estamos tan demandados por dar respuestas urgentes a situaciones que no admiten demora que, por momentos, olvidamos el contexto en el que estamos trabajando. A fin de dotar de más eficacia a nuestro accionar, propongo que reflexionemos brevemente acerca del marco dentro del que nos toca desplegar nuestra labor. En tal sentido, este texto es tan sólo una aproximación, una motivación para pensar juntos.

Un esquema útil a tal fin consiste en pensar las consecuencias económicas y políticas del modo en que se concibe el vínculo entre el individuo y los demás.

Aclaremos que por lo general no se tiene conciencia de esto, sino que es parte de un “sentido común” que predomina en algunas épocas y lugares. Podemos sintetizar las distintas posturas en estas tres:

1. Existe el individuo pero no la sociedad: para esta concepción la libertad será la clave de bóveda desde la que pensar la política y la economía y la propiedad privada la única legítima. Es el tipo de subjetividad hegemónico en la actualidad, por lo que lo analizaremos luego con mayor detalle.
2. Existe la sociedad pero no el individuo: extremando las consecuencias del postulado de Marx que afirma que no existe la conciencia individual, sino que toda conciencia es conciencia social, para ellos la igualdad será esa clave y la propiedad pública estatal la única legítima.
3. La persona existe en relación con la comunidad y viceversa: Ya sea derivada de la antropología cristiana que entiende al ser humano como imagen y semejanza de un Dios que es Trino y Uno (o sea, un Dios que es relación) o derivada de filosofías relacionales como la andina (sumak kawsay), la bantú (ubuntu) o la tupí guaraní, entre otras, para estos la fraternidad es la clave y la propiedad común tiene cierta primacía ética y es capaz de coexistir con la propiedad privada y la pública estatal en razón de la mayor eficacia para proveer al bien de la comunidad.

Conviene reiterar que estas concepciones teóricas no prevalecen en razón de la potencia argumental de sus mentores, sino por el tipo de subjetividad preponderante, aquello que constituye el “sentido común” de una época. Así, si creo que yo soy el dueño de mi propio cuerpo y de mi vida, asumiré sin pensarlo mucho que ese “yo” preexiste a mi cuerpo, que es una especie de “sustancia” y, por ende, supondré que es decisión mía vivir o no con los demás: entiendo que me “asocio” en razón de un contrato social. Si, en cambio, creo que estoy siendo mi cuerpo y que sin él no sería propiamente yo, voy a asumir que mi corporalidad depende de quienes puedan proveer la indumentaria, el alimento, la vivienda. Asimismo, dependeré también de nuestra madre Tierra que provee el lino y el algodón para mi ropa, el agua, el trigo, el maíz y todo aquello que me alimenta, así como el barro para los ladrillos con que está hecho cada lugar que me alberga. En el primer caso, tenderé a pensar que lo más importante es que me dejen realizar mi propio proyecto

de vida, que mi libertad termina donde empieza la de los demás y, por ende, los demás son un límite a mi libertad. En el segundo caso, estimaré que no puedo existir si no es en una comunidad y tenderé a trabajar con otros para garantizar mi libertad al par que la de los demás.

El individualismo consumista:

Creo que vale la pena que nos detengamos brevemente a analizar por qué prevalece la concepción individualista en nuestros días y qué cabe hacer al respecto. La ideología neoliberal coherente con esta concepción, con sus notas de exaltación del egoísmo y de achicamiento del sector público, no podría haber permeado tantas sociedades hasta transformarse en hegemónica en Occidente, si previamente no se hubieran dado una serie de cambios socioculturales.

En torno a los años setenta del siglo XX una serie de complejas motivaciones políticas y económicas llevaron a que las potencias occidentales realizaran una fuerte apuesta a favor de las nuevas tecnologías informáticas y comunicacionales, así como de la expansión del crédito para el consumo que desembocarán en la aparición de la sociedad digital y la economía de servicios. Esto va a conllevar profundas consecuencias en todos los órdenes de la vida. Cabe mencionar las tres que tienen mayor impacto en la constitución de este nuevo tipo de subjetividad: en el ámbito laboral, en el residencial y en el doméstico. Si bien estos cambios tienen mayor impacto en los estratos medios y altos urbanos que en las capas más desfavorecidas como las de Quito Sur, no debemos olvidar que, en definitiva, son aquellas las que imponen las pautas culturales y, por consiguiente, las tendencias políticas y económicas dominantes.

a) En el ámbito laboral, la digitalización motiva que el proveedor del servicio no tenga otro contacto frecuente más que con la pantalla de su aplicación: no tiene compañeros de trabajo, ni jefes con cara a la vista y apenas un trato efímero con su cliente circunstancial. Incluso quienes no se desempeñan de modo directo en el marco de la economía digital, cambian con frecuencia de empleo o, si él no lo hace, seguramente cambian sus compañeros. Por lo tanto, no es posible conocer en profundidad a los colegas ni ser conocido por ellos. Al no pasar tiempo con el otro, no se habla de temas relevantes. Si alguien llega a su trabajo padeciendo un

problema grave, lo más probable es que nadie se entere. Pero si alguien le pregunta qué le pasa, que por qué tiene esa expresión, la respuesta seguramente será una evasiva. Nadie va a participar a alguien poco o nada conocido de sus preocupaciones y aflicciones más íntimas. Ergo, el espacio laboral deja de ser una instancia constitutiva del entramado social.

b) En el ámbito residencial, por razones laborales o de status la gente debe mudarse varias veces a lo largo de su vida y, como en el caso anterior, si ella no se muda, sus vecinos sí lo hacen. Por ende, tampoco puede conocer ni ser conocido por sus vecinos como acontecía en el barrio o la aldea dificultando así la posibilidad de percibirse como parte de un colectivo. No conoce la trayectoria, las ideas, los gustos de sus vecinos. Sólo conoce de ellos lo que ellos muestran. A su vez, ellos sólo muestran lo que consumen. No fue la aparición de la televisión lo que nos introdujo en la era de la imagen, ni la publicidad la que nos introdujo en la sociedad de consumo. Ambas, televisión y publicidad, son factores que potencian tendencias más hondas, consolidando la tendencia consumista que venimos refiriendo.

c) En el ámbito doméstico, la mujer debe salir a trabajar para permitir un mayor ingreso de dinero en el hogar, que posibilite la adquisición de más bienes con alto valor agregado. Una familia con diez o doce hijos era funcional cuando las guerras demandaban mucha carne de cañón y la fábrica mucha mano de obra. Ser mujer era sinónimo de ser madre y ser varón era sinónimo de ser el proveedor del hogar. Pero la digitalización de la guerra y de la producción industrial hace que se requiera mucha menos cantidad de soldados, operarios y empleados. Por eso el ideal ya no es la familia numerosa, sino los DINKs (Double Income No Kids) o SINKs (Single Income No Kids): doble o simple ingreso sin hijos. Una familia con diez o doce hijos difícilmente pueda cambiar la TV cada cuatro años, el automóvil cada dos e ir al cine o al teatro y luego a cenar con frecuencia. En cambio, sí puede hacerlo la pareja sin hijos o el hombre o mujer que vive solo. La mujer deja de ser exclusivamente madre y el varón deja de ser el padre-proveedor. En el modelo anterior, si uno de los miembros de la pareja no estaba a gusto con el otro, no tenía más remedio que soportarlo, por lo que el matrimonio duraba “hasta que la muerte los separe”. En cambio, los actuales modelos familiares son altamente inestables, tan inestables como las relaciones que se dan en la oficina o en el barrio.

La sumatoria de estos tres factores facilita la emergencia de un nuevo tipo de subjetividad: la del individuo que, a la vez que está hiperconectado, no puede mantener relaciones duraderas ni en el trabajo, ni en la vecindad, ni siquiera dentro del espacio doméstico. Tipo humano que predomina en las grandes ciudades, que son, reitero, las que imponen sus propias pautas culturales, sus propios gustos y modos de pensar. Como no hay tiempo para conocer al otro ni para ser conocido por el otro, sólo se conoce lo que el otro muestra, cada uno muestra lo que consume y es valorado en función de eso: la importancia de la marca del calzado deportivo o del aparato de telefonía móvil atraviesa todas las clases sociales. Más aún: el individuo del capitalismo de consumo, no sólo muestra lo que consume, sino que se muestra para ser consumido. Es en sí mismo una empresa: se produce para ser consumido. Es el “empresario de sí mismo”, ideal de un mercado que espera que cada cual asuma el riesgo empresarial... siempre que no tenga el poder suficiente como para exigir que el Estado se haga cargo de sus desaguisados, como ocurrió en la crisis del 2008 y tantas otras veces. Claro que una cosa es entender esto en términos intelectuales y otra en términos existenciales. En efecto, ¿cómo puede concebir el chico que reparte cosas en Glovo o el chofer de Uber que nadie se salva solo? ¿acaso tiene elementos para sentir que la comunidad hace algo por el o ella? ¿no son ellos mismos quienes se ganan el sustento sin depender de nadie, asumiendo ese lugar de empresarios de sí mismos? El fracaso de la política para satisfacer demandas elementales de vivienda, salud, educación o seguridad llevan a muchos a la convicción de que nada se puede esperar de aquello que no sea producto del propio esfuerzo y sólo de eso. En ese contexto, los libros de autoayuda o las “religiones de prosperidad” que promueven una épica del esfuerzo personal resultan mucho más eficaces para afrontar el fracaso, la decepción y el resentimiento, que un discurso reivindicatorio del papel del Estado en la generación y distribución de la riqueza.

Todo esto nos obliga a replantearnos las bases mismas de la vida en común. Más aún: ¿tiene sentido en el contexto de individualismo consumista que hemos descrito seguir hablando de vida en común? Sí, pues, paradójicamente, se advierten también signos de los tiempos que señalan que no todo está perdido. Son las mismas circunstancias que llevaron a la humanidad a esta encrucijada las que motivan

también una nueva conciencia. Es que, como enseñaba Hoelderlin: Cerca está y difícil es percibir al Dios / pero donde anida el peligro / crece también la salvación.

Como hemos visto, es precisamente esa necesidad existencial de todo ser humano de seguir el mandato de su estructura antropológica más profunda que, ante el caparazón narcisista que le quiere imponer la sociedad de consumo, se rebela y anhela realizarse, asumiendo que, si bien quizá no sea posible ser feliz, pero sí se puede estar feliz con lo que se hace y con lo que se está siendo.

La Fraternidad:

En todo el mundo se reitera la presencia de mitos de origen de la vida en común a partir del fratricidio: el asesinato del frater, del hermano. Rómulo mata a Remo y funda Roma. Caín mata a Abel y funda Enoc. Los hermanos Ayar se pelean y fundan el Cuzco. Pero también en todas partes encontramos madres diciéndole a sus hijos: “¡basta ya de pelear, que no parecen hermanos!” o amigas que se aman tanto que “se quieren como hermanas”. Así como las relaciones verticales tienen efecto disuasorio (el sargento no suele pelear con el teniente ni el cura con su obispo, por más que deseen hacerlo) las horizontales, por el contrario, estimulan el conflicto, sobre todo cuando se pelea por un objeto en ausencia de un objetivo común.

Es decir que la fraternidad nos recuerda la doble dimensión de la política, inscripta en su misma etimología: la palabra política deriva a la vez de pólemos, guerra, y de polis, el ámbito de vida en común. Si olvidamos la dimensión armónica de la vida en común y reducimos la política a un enfrentamiento constante entre amigo y enemigo, no hay posibilidad de que haya ciudad ni desarrollo de una vida que valga la pena. Pero si olvidamos la dimensión conflictiva, si consideramos que la vida en común es intrínsecamente armónica, cuando surge un conflicto pensaremos que se da por culpa de aquellos que no son propiamente parte de la sociedad y por eso no son buenos ciudadanos: el dirigente social, el mapuche, el sindicalista, el judío de la Alemania nazi...

A diferencia de lo que acontece con la libertad o la igualdad como ideales a conseguir, la fraternidad, por provenir de la misma estructura antropológica, de la propia “naturaleza” humana, no es un ideal a conseguir sino una realidad que debe

ser reconocida. En clave de antropología teológica, se concibe a la persona como imagen y semejanza de un Dios Trino, de un Dios que es relación antes que sustancia. Más allá de las creencias religiosas, la fuerza simbólica que tiene la concepción de un Dios trinitario es muy clara. Cuando el ser humano no se reconoce como hermano de los demás, cuando alguien por su diferencia de raza, cultura, estatus socioeconómico o lo que fuera, se cree que no es hermano de otros, aparecen los problemas. Y cuando no toma conciencia de su relación fraternal con el resto de la Creación, esos problemas se agravan. Cuando alguien se cree con derecho a imponer a otros sus ideas o exigir que cumplan sus órdenes al modo en que un padre o madre autoritarios pueden hacer con sus hijos pequeños, la convivencia se verá necesariamente afectada. No hay padre ni madre fuera del espacio doméstico. De eso se trata la fraternidad como ineludible condición humana.

Obviamente no estamos haciendo referencia a una concepción ingenua de la fraternidad, sino a una profundamente realista a tono con la expresada por el Papa Francisco en numerosas ocasiones, especialmente en *Fratelli Tutti*. Como el potencial transformador de la fraternidad es demasiado fuerte como para que el sistema lo pueda soportar, a lo largo de los siglos se han adoptado diversas estrategias para neutralizarlo: negarlo o combatirlo como con Aspacia de Mileto, la genial filósofa griega que quizá haya sido quien enunció por primera vez que “dado que todos somos hermanos, no hay diferencia entre varón, mujer, libre o esclavo” (a Aspacia la mataron...) o banalizarlo como se procuró hacer con la fraternidad evangélica, procurando domesticarla interpretándola como un sentimiento edulcorado de cariño hacia todo el mundo.

En este sentido, la fraternidad nos recuerda que la unidad es superior al conflicto, pero no lo erradica, como enseña uno de los cuatro principios que suele repetir el Papa Francisco.

Asimismo, frente a dos errores opuestos: el de quienes piensan que la fraternidad es algo a construir por mandato sentimental, por puro “buenismo” y, por el contrario, el de quienes consideran que hay que imponer la fraternidad aunque sea a fuerza de guillotina (Robespierre), el Papa Francisco plantea que la fraternidad no es tanto algo que se construye, cuanto algo que se reconoce: somos hermanos y no

podemos realizarnos si no actuamos en consecuencia. Nos hacemos, nos realizamos, haciendo algo por los demás, como el Buen Samaritano de la parábola. Por eso, la justicia social en clave fraterna no se limita a la equidad en los ingresos ni al reconocimiento de los derechos, sino que implica también generar las condiciones necesarias para que cada cual pueda realizarse haciendo algo por sí mismo y por los demás. Quien no tiene un trabajo digno, quien no puede dar lo mejor de sí para transformar el mundo en el marco de sus posibilidades, está padeciendo una injusticia. La fraternidad rescata la dimensión de la justicia que Santo Tomás de Aquino llamaba la justicia general, como dimensión más elevada que la conmutativa (do ut des o justicia de los intercambios) y la distributiva (lo que la comunidad le debe a cada uno de sus miembros por el hecho de ser tal). Asumir la condición fraterna exige promover las condiciones para que cada miembro de la comunidad pueda desarrollar plena y libremente su capacidad de brindar sus dones a los demás. Entiendo que aquí encontramos un fundamento sólido para pensar las distintas realidades que englobamos en la denominación Economías de Francisco. Son economías que no niegan el lucro (propiedad privada) ni la utilidad pública (propiedad estatal) pero parten de una realidad más honda: la actividad económica tiene por fin contribuir al Bien Común, a la realización de toda la persona y de todas las personas.

A modo de conclusión

Se podría pensar que la propuesta de pensar la economía a partir de asumir el carácter fraterno de la vida en común es una utopía de cristianos tan esperanzados como ingenuos. Sin embargo, la realidad muestra exactamente lo contrario. Comenzamos hablando de Quito Sur, allí donde la cooperativa de Roberto brinda un claro ejemplo de aquello que englobamos bajo la denominación de Economías de Francisco y Clara aunque ellos no tenían conciencia de ello hasta que se los planteé. Como contraposición, me permito preguntar si no correspondería entender también como Economías de Francisco y Clara a aquellas políticas económicas que llevan adelante los seis países que tienen más alto nivel de vida de la OCDE: Nueva Zelanda, Canadá, Escocia, Gales, Finlandia e Islandia están entre los países que más presupuesto destinan a atender cuestiones como el cambio climático, la violencia doméstica, el abuso infantil, las enfermedades mentales y otras cuestiones atinentes

al cuidado del otro y de la Casa Común. El cuidado es lo que se opone a la conquista y a la devastación propuesta por quienes creen que todo puede ser consumido mientras produzca lucro.

Quizá, el cuidado sea la categoría central de la propuesta del Papa Francisco a la sociedad contemporánea. No casualmente es la palabra inicial de su encíclica programática *Laudato si'*.

Si pensamos que existe el individuo y no la sociedad, no encontraremos un claro fundamento de por qué la centralidad del cuidado, no solo de sí mismo y del otro, sino también del resto de la naturaleza. Por el contrario, el cuidado será un estorbo. Pero si pensamos que lo colectivo es lo que cuenta y que la igualdad es la clave de bóveda, tampoco. Pero si ponemos en el centro a la fraternidad, la perspectiva cambia totalmente. El fratricidio es el primer pecado que cometió la humanidad después de la expulsión del paraíso. La pregunta de Dios a Caín fue: ¿dónde está tu hermano? respuesta del primer fratricida fue otra pregunta: ¿acaso tengo yo que cuidar a mi hermano?